

Y se volvió hacia Foulon.

— Escuchad, le dijo; la situación es demasiado grave.

¿Quereis escaparos por el otro lado del Hotel del Ville?

— ¡Oh! no exclamó Foulon; ¡me conocerán y me asesinarán!

— ¡Segun eso, preferis quedaros aquí! Pues bien, estad seguro de que tanto yo como todos estos señores, haremos cuanto esté de nuestra parte para defenderos: ¿no es así, caballeros?

— Damos nuestra palabra de hacerlo así, contestaron los electores á una voz.

— ¡Oh! si, prefiero quedarme entre vosotros. ¡Señores, no me abandonéis!

— Ya os he dicho, dijo Bailly con dignidad, que haremos lo que sea humanamente posible por salvaros.

Los gritos se aumentaron en la parte de afuera.

— ¿Oís, oís? exclamó Foulon palideciendo.

Con efecto, la multitud desembocaba rugiendo por todas las calles que conducian al Hotel de Ville, y sobre todo por el muelle Lepelletier y por la calle de la Vannerie.

Bailly se aproximó á un ventana.

Los ojos, los puñales, las lanzas, las hoces y los mosquetes, relucian al sol con un brillo amenazador. En menos de diez minutos la gran plaza se cubrió de gente: era esta toda la escolta de Foulon, de que habia hablado Pitou, y que se habia aumentado con los curiosos, que oyendo aquella gritería acudian de todas partes.

Todas aquellas voces gritaban:

— ¡Foulon, Foulon!

Entónces aquellos cien precursores de la furiosa multitud, designaron la puerta por donde habia entrado Foulon, é inmediatamente se pusieron á derribarla con cuantos instrumentos podian haber á las manos.

Pero la puerta se abrió de repente.

Los soldados del Hotel de Ville aparecieron en ella y se adelantaron sobre los sitiadores, que retrocedieron primero ante las bayonetas, y dejaron despues un buen espacio vacío delante de la fachada.

Los oficiales, en vez de amenazar, arengaron amistosamente á la multitud, procurando calmarla.

Bailly estaba sin saber lo que le pasaba. Era esta la primera vez que el pobre astrónomo se hallaba frente á frente con la cólera del pueblo.

— ¿Y qué haremos? preguntaba á los electores

— Juzgarle, contestaron estos.

— No se puede juzgar bajo la influencia de la intimidación del pueblo, dijo Bailly.

— ¡Oh! exclamó Billot, ¿y no hay tropa para defenderos?

— Solamente unos doscientos hombres.

— Seria preciso pedir un refuerzo.

— ¡Oh! ¡si Mr. de Lafayette estuviese avisado!

— Pues avisémosle.

— ¿Y quién se encargará de ello? ¿Quién cruzará ese mar de gente?

— Yo, respondió Billot.

Y se preparó para salir.

Bailly le detuvo.

— Insensato, le dijo, mirad ese océano, seríais sumergido bajo la menor de sus olas. Si quereis llegar hasta Mr. de Lafayette, y aun así lo dudo mucho, salid por la parte de atrás del edificio.

— Está bien, respondió sencillamente Billot; y dichas estas palabras, partió como una centella.

CAPITULO XXIX

El Hotel de Ville.

Los ánimos se exasperaban mientras tanto, segun podría juzgarse por la algazara que iba siempre en aumento. Ya no era odio sino horror, no eran amenazas sino imprecaciones las que exhalaba aquella desenfrenada multitud.

Los gritos de ¡abajo Foulon! ¡muera Foulon! se

cruzaban como los proyectiles de un bombardeo. La multitud siempre en aumento, ahogaba, por decirlo así, á los soldados.

Empezaban ya en aquella multitud á circular y á tomar incremento esos rumores que autorizan las violencias. Ya no se contentaban con amenazar á Foulon, sino tambien á los electores que le protegian.

— Han dejado escapar al preso, decian los unos; entremos, decian los otros, y prendamos fuego al Hotel de Ville.

Bailly conoció que no quedaba mas que un partido que tomar, supuesto que Mr. de Lafayette no llegaba.

Era este el de que los mismos electores bajasen y se mezclaran con los grupos tratando de llevar á buen camino á los mas furiosos.

— ¡Foulon! ¡Foulon!

Este era el grito incesante, el rugido sin término de aquella furiosa horda.

Preparaban ya un asalto general, y las murallas del Hotel de Ville no hubieran podido resistir mucho tiempo.

— Caballero, dijo Bailly á Foulon, si no os presentais al pueblo, esas gentes suspondrán que os hemos dejado escapar; forzarán las puertas, entrarán aquí, y una vez dentro, si os encuentran no respondo de nada.

— ¡Oh! ¡no me creia yo tan odiado! dijo Foulon dejando caer sus brazos inertes.

Y sostenido por Bailly se arrastró hasta la ventana.

A su vista, se oyó un grito terrible, forzaron la guardia, echaron abajo las puertas y el torrente desenfrenado se precipitó hácia las escaleras, por los corredores, las galerías, los salones: todo fué invadido en un momento.

Bailly colocó alrededor del preso todos los soldados de que pudo disponer, y en seguida empezó á arengar al pueblo.

Quería hacer comprender á aquellos hombres, que el asesinato era algunas veces justo, pero no legal.

Volvió al lado de Foulon despues de haber hecho esfuerzos increíbles y despues de haber arriesgado veinte veces su vida.

— ¡Sí, sí, gritaban los amotinados, que le juzguen! ¡que le juzguen! ¡pero que le ahorquen!

A tal punto estaban de su lógica sangrienta, cuando llegó al Hotel de Ville Mr. de Lafayette conducido por Billot.

Al ver su penacho tricolor, pues era uno de los primeros que le llevaron, cedió al punto el furor popular.

El comandante general de guardia nacional, se hizo abrir paso y repitió con mas energía aun que Bailly todo cuanto éste habia ya dicho.

Su discurso convenció á todos los que pudieron oírle, y la causa de Foulon se ganó en el salon de los electores.

Pero en la parte de afuera habia veinte mil hombres furiosos que no habian oído á Mr. de Lafayette y que insistian en la idea de su venganza.

— ¡Ea, pues! dijo Lafayette que creia naturalmente que el efecto producido sobre los que le rodeaban se extenderia á la parte de afuera: ea, pues, á este hombre se le debe juzgar.

— Sí, sí, gritó la turba.

— Por lo tanto, mando que se le lleve á la cárcel, dijo Lafayette.

— Sí, á la cárcel, á la cárcel, gritó la multitud.

Al mismo tiempo, el general hizo seña á los guardias del Hotel de Ville para que hicieran que avanzase el preso.

El pueblo no comprendió nada, sino que se le aproximaba su presa. Nada habia pensado siquiera que tuviera esperanza de disputársela.

Olfateaba, por decirlo así, la carne fresca que le presentaban.

Billot se habia asomado á la ventana con algunos electores y con el mismo Bailly, para no perder de vista al preso, mientras que cruzaba la plaza bajo la salvaguardia de la escolta.

Por el camino, Foulon dirigia á uno y otro lado pala-

bras sueltas, que dejaban entrever su profundo terror, mal disfrazado bajo las mayores protestas de confianza.

— Noble pueblo, exclamaba al bajar la escalera; yo nada temo; estoy en medio de mis conciudadanos.

Y las risas y los insultos se cruzaban á su alrededor, cuando de pronto se halló frente del edificio y en lo alto de las escaleras que daban sobre la plaza.

El aire y el sol bañaron su rostro.

Entónces un solo grito, grito de rabia, ahullido de amenaza, rugido de odio, salió de veinte mil bocas.

A esta explosion, los guardias se dispersaron; mil brazos se apoderaron de Foulon, lo arrebataron y lo condujeron al ángulo fatal de la plaza bajo el farol, inmundado y fatal patíbulo de la cólera, que el pueblo llamaba su justicia.

Billot desde su ventana veía y gritaba; los electores arregaban á la guardia, que nada podía hacer.

Lafayette, desesperado, se lanzó fuera del Hotel de Ville, pero ni aun pudo romper las primeras filas de aquella masa de gente que inundaba á modo de un lago inmenso la distancia que le separaba del farol.

Subíanse sobre las ventanas, á las cornisas de los edificios; en todos los puntos abordables que ofrecían alguna elevacion, los meros espectadores alentaban con sus furiosos gritos la espantosa efervescencia de los actores.

Estos se regocijaban con su víctima á la manera que podría hacerlo una manada de tigres con su presa inofensiva.

Todos se disputaban á Foulon.

Por fin comprendieron que era preciso distribuirse los papeles si se habia de gozar debidamente de su agonía, sin lo cual le iban á hacer pedazos.

Unos cogieron á Foulon, que ya no tenia fuerzas para gritar; los otros, que le habian quitado su corbata y desgarrado los vestidos, le echaron un cordel al cuello; otros, por último, subidos sobre el farol pasaron sobre él el cordel que sus compañeros colocaron en el cuello del ex-ministro.

Por un momento elevaron á Foulon en brazos y lo enseñaron de aquel modo al pueblo, con la cuerda al cuello y las manos atadas á la espalda.

Después, cuando la multitud hubo contemplado á su sabor al paciente, y aplaudido estrepitosamente, se dió la señal, y Foulon, pálido, sangriento, fué levantado á la altura del travesaño del farol en medio de un ahullido mas espantoso que la misma muerte.

Todos los que hasta entónces no habian podido ver nada, divisaron en aquel momento al enemigo público meciéndose sobre el pueblo.

Nuevos gritos se elevaron en este momento.

Eran estos contra los verdugos que ellos mismos habian alentado hacia un instante. ¡Iba Foulon á morir tan pronto!

Los verdugos se encogieron de hombros y se contentaron con enseñar la cuerda.

La cuerda era vieja y se podian ver sus hilos romperse uno tras otro.

Los movimientos desesperados que hacia Foulon en su agonía acabaron de romperla, y por último cayó al suelo el ex-ministro medio estrangulado.

Habia llegado únicamente al prólogo del suplicio, y solo habia penetrado en la antesala de la muerte.

El pueblo se precipitó sobre el paciente. Ya estaban tranquilos; no podia huir, pues al caer se habia roto un muslo.

Sin embargo, se alzaron algunos gritos de desaprobacion, imprecaciones calumniosas y mal dirigidas.

Acusaban á los ejecutores; se les llamaba torpes, cuando por el contrario eran tan ingeniosos, cuando habian elegido una cuerda vieja y en tan mal estado, con la esperanza de que se rompiera! Esperanza que, como se habia visto, justificaban los resultados.

Echaron un nudo á la cuerda, pasándola nuevamente al cuello del desgraciado que medio muerto, con los ojos estraviados y voz ahogada, buscaba á su alrededor en aquella ciudad, que se llamaba el centro del universo ci-

vilizado, una de las cien mil bayonetas de aquel rey, cuyo ministro había sido, que pudiese abrirse paso por entre aquella horda de canibales.

Pero nada vió á su alrededor; nada mas que el odio, el insulto y la muerte.

— ¡Al menos, matadme sin hacerme padecer tan horrible martirio gritó Foulon desesperado!

— ¿Por qué han de abreviar tu suplicio? gritó una voz; él ha hecho que el nuestro dure mucho tiempo.

— Y además, dijo otro, no has tenido aun tiempo de digerir las ortigas.

— Esperad, esperad, gritó un tercero; van á traer á su yerno Berthier, lo colocaremos en el farol que está en frente.

— Veremos los gestos que se hacen el suegro y el yerno añadió otro.

— ¡Acabadme de matar! gritaba el desgraciado Foulon.

Entretanto Bailly y Lafayette rogaban y gritaban, tratando de penetrar por medio de la turba. En aquel momento elevaron á Foulon de nuevo, pendiente de la cuerda que se rompió por segunda vez, y sus súplicas, sus lamentos, sus agonías, no menos dolorosas que las del paciente, se pierden, se embotan, se confunden, con la risa universal con que acogen aquella segunda caída.

Bailly y Lafayette, aquellos soberanos árbitros tres días antes, de la voluntad de seiscientos mil parisienses, hoy son desatendidos hasta por los muchachos.

Murmúrase entre ellos porque estorban, porque interrumpen el espectáculo. Billot les presta aunque inútilmente el apoyo de sus fuerzas.

El robusto atleta ha derribado á veinte hombres. Para llegar hasta Foulon sería menester derribar á cincuenta, á ciento, á mil, y hallábase ya rendido de fatiga, cuando se paró para enjugar el sudor y la sangre que corría por su frente.

Foulon se eleva por tercera vez hasta el hierro del farol.

Por aquella vez al menos han tenido compasión de él habiendo buscado una cuerda nueva.

En fin, el mártir muere; la víctima ha cesado de sufrir. Medio minuto bastó á la multitud para conocer que el último rayo de la vida se había estinguido.

Cuando el tigre ha muerto á su presa la puede ya devorar tranquilamente.

Precipitado el cadáver desde lo alto del farol no llegó al suelo, y fué destrozado.

La cabeza fué separada en un segundo y puesta en otro segundo en la punta de una pica, lo cual era muy de moda en aquella época.

A este espectáculo Bailly retrocedió atemorizado; aquella cabeza era para él la antigua Medusa.

Lafayette, pálido, con la espada en la mano, apartaba de su lado con disgusto á los guardias que trataban de escusarse por haber dejado robar á Foulon.

Billot, rugiendo de cólera y agitándose á derecha é izquierda, volvió á entrar en el Hotel de Ville para no ver lo que pasaba en aquel sangriento teatro.

En cuanto á Pitou, su entusiasmo de venganza popular se había cambiado en un movimiento convulsivo, y había llegado á la orilla del río, donde cerraba los ojos y se tapaba los oídos para no ver ni oír nada de cuanto sucedía.

Reinaba la mayor consternación dentro del Hotel de Ville.

Empezaban á comprender los electores, que nunca conseguirían dirigir los movimientos del pueblo, sino en el sentido que á él le acomodase.

En aquel momento; y mientras que semejante turba de furiosos arrastraban el cuerpo mutilado de Foulon, un nuevo grito, una nueva tempestad rugía del otro lado del puente.

Un correo llega á todo escape. El pueblo sabe ya la noticia que trae. La ha adivinado por el instinto de sus gefes, como la banda de cazadores, que sigue una huella indicada por el instinto de sus más hábiles sabuesos.

Las turbas rodean al correo; adivinan que les llega una nueva presa; comprenden que se trata de Mr. Berthier.

Y era verdad.

Interrogado por diez mil bocas á un tiempo, el correo se vió precisado á contestar:

— Mr. Berthier de Savigny ha sido preso en Compiègne.

Y seguidamente entró en el Hotel de Ville, donde dió la misma noticia á Lafayette y Bailly.

— Bien, bien, ya lo sabía; dijo Lafayette.

— Lo sabíamos, repitió Bailly, y se han dado las órdenes necesarias para que lo detengan allí preso

— ¡Preso! dijo el correo.

— Sí, preso: he enviado dos comisarios con una escolta.

— ¿Una escolta de doscientos cincuenta hombres, no es cierto? dijo un elector; y creo que son mas que suficientes.

— Señores, dijo el correo; de eso precisamente vengo á hablaros. El pueblo ha dispersado la escolta y se ha apoderado del preso.

— ¡Apoderado! gritó Lafayette. ¡La escolta se ha dejado robar su prisionero!

— No la acuseis, general; la escolta ha hecho cuanto ha podido.

— Pero ¿y Mr. Berthier? preguntó Bailly lleno de ansiedad.

— Lo traen á París, dijo el correo, y se halla en Burget en este momento.

— Pero si llega aquí, dijo Billot, es hombre perdido.

— Pronto, pronto, gritó Lafayette; quinientos hombres á Burget. Que los comisarios de Mr. Berthier se detengan y duerman en aquel punto! Durante la noche avisaremos lo que se ha de hacer.

— ¿Pero quién se atreverá á encargarse de esta comision! dijo el correo que miraba horrorizado por la ventana aquel océano, en que cada ola arrojaba un grito de muerte.

— ¡Yo! gritó Billot; á ese yo le salvaré.

— Pero pereceréis, dijo el correo; el camino está lleno de gente.

— Allá voy, dijo el arrendatario.

— Es inútil; murmuró Bailly que habia estado prestando atencion á un ruido lejano. ¡Escuchad!

Entónces se oyó hácia la puerta de san Martin un ruido parecido al rugido de las olas del mar.

Este ruido horrible se elevaba por encima de las casas, como el vapor hirviendo se escapa por los bordes de una vasija.

— ¡Ya es tarde! dijo Lafayette.

— Ya llegan, murmuró el correo; ¿los oís?

— Un regimiento, gritó Lafayette con aquel generoso entusiasmo por la humanidad que era el lado hermoso de su carácter.

— Voto vá... exclamó Bailly que juraba por primera vez en su vida. ¿Olvidais que nuestro ejército es precisamente ese pueblo que tratais de combatir? y diciendo esto escondia su rostro entre sus manos.

Los gritos que se habian oido á lo lejos, se habian comunicado desde las hordas que recorrian las calles á las que ocupaban la plaza, con la rapidez del rayo.

Entónces los que insultaban los deformes restos de Foulon, abandonaron su sangrienta diversion para lanzarse á una nueva venganza.

Las calles que desembocaban en la plaza se llenaron inmediatamente con una gran parte de esta desenfrenada muchedumbre, que se lanzó con los puñales en alto y con ademanes amenazadores hácia la calle de San Martin para salir á recibir á su nueva presa.

CAPITULO XL

El yerno.

Muy pronto se reunieron los del uno y otro lado, pues habia demasiada prisa por ambas partes.

Y he aquí lo que sucedió entónces.

Algunos de los de la plaza que llevaban el sibaritismo de la venganza hasta el mas alto grado, presentaron al yerno la cabeza de su suegro en el extremo de una pica.

Mr. Berthier llegaba por la calle de San Martin con el comisario, y se hallaba junto á la calle de Saint-Merry.

Marchaba en su cabriolé, carruage eminentemente aristocrático en aquella época, y privilegiado por el odio popular, que tantas veces habia tenido motivos de queja por la rapidez con que eran conducidos por sus amos aquellos carruages, rapidez que habia ocasionado muchas desgracias.

Berthier, en medio de los gritos, de los ahullidos y de las imprecaciones amenazadoras, se adelantaba hablando con la mayor tranquilidad con el elector Riviere, el comisario enviado á Compiègne para salvarle, y que abandonado por su compañero, habia tenido mucho trabajo en salvarse á sí propio.

El pueblo habia empezado por el cabriolé, habiéndole arrancado la capota, de manera que Berthier y su compañero se hallaban al descubierto, expuestos á las miradas y á los golpes.

Durante el camino, oyó recordar sus crímenes, comentados y abultados por el furor popular.

— Había en primer lugar intentado hacer morir de hambre á París.

— Había mandado que se cortasen los centenos y los trigos verdes, y habiendo hecho subir los granos, habia ganado enormes sumas.

— Y no solo habia hecho esto, sino que, lo que es mas aun, se ocupaba en conspirar.

— Le habian cogido una cartera en la que se encontraron escritos incendiarios, y la prueba de ello era que habian sido distribuidos diez mil cartuchos entre sus agentes.

Todas estas eran monstruosas suposiciones; pero las turbas, cuando llegan al paroxismo de su cólera, admiten como hechos indisputables las mas insensatas calumnias.

El acusado de todos estos crímenes era un hombre de unos treinta á treinta y dos años, elegantemente vestido, y que presentaba un rostro risueño á los denuestos y á las amenazas.

Miraba en derredor suyo con la mas completa tranqui-

lidad, los carteles injuriosos que le presentaban, y hab'aba con Riviere sin aparentar fanfarronería.

Dos de los circunstantes, irritados por su sangre fria, trataron de atemorizarle. Habíanse subido el estribo del cabriolé, apoyando sobre el pecho de Berthier las bayonetas de sus fusiles.

Pero Berthier, valiente hasta rayar en la temeridad, ni aun siquiera se habia dignado mirar, y continuó hablando con el elector como si aquellas dos bayonetas fueran un inofensivo accesorio del cabriolé.

La multitud, extremadamente irritada por aquel desprecio, que contrastaba de una manera tan opuesta con el profundo terror de Foulon, rugia alrededor del carruage, y esperaba con impaciencia el momento en que le seria lícito acudir al dolor en lugar de la amenaza.

Entónces fué cuando Berthier fijó su vista en un objeto informe y sangriento que se agitaba delante de él, y reconoció la cabeza de su suegro que se inclinaba á la altura de sus labios.

Pretendian hacérsela besar.

Mr. Riviere, indignado, separó con su mano la pica.

Berthier le dió las gracias con un movimiento de cabeza, y siguió hablando.

Llegaron de este modo hasta la plaza de la Greve, y el preso, despues de increíbles esfuerzos por parte de los guardias que se habian logrado reunir apresuradamente, fué entregado á los electores en el Hotel de Ville.

Dificultosa mision, terrible responsabilidad que hizo palidecer de nuevo á Lafayette y estremecer el corazon del corregidor de París.

La multitud, despues de haberse distribuido el cabriolé, que abandonara al pie de las gradas del Hotel de Ville, se colocó como mejor pudo, guardando todas las avenidas de las calles, y puso nuevas cuerdas en los faroles.

Billot, á la vista de Berthier, que subia con la mayor tranquilidad las escaleras, no pudo menos de llorar amargamente, arrancándose los cabellos de desesperacion.

Pitou, que habia vuelto al muelle así que creyó que

habría concluido el suplicio de Foulon, Pitou, aterrizado á pesar del odio que profesaba á Berthier, culpable á sus ojos, no solamente de todo lo que le acriminaban, sino tambien por haber regalado las hebillas de oro á Catalina, se acurrucó sollozando detrás de una banqueteta.

Entre tanto Berthier, como si no se tratase de él, entró en el salon del consejo y habló con los electores.

Conocia á la mayor parte de ellos, y trataba á muchos con alguna intimidad.

Estos se alejaban de él con el terror que inspira á las almas tímidas el contacto de un hombre impopular.

Así es que Berthier se vió muy pronto solo con Bailly y con Lafayette.

Se hizo referir todos los detalles del suplicio de Foulon, y despues, encogiéndose de hombros,

— Sí, dijo, comprendo muy bien todo eso; nos aborrecen porque hemos sido los instrumentos con que la monarquía ha atormentado al pueblo.

— Se os imputan grandes crímenes, caballero, dijo severamente Bailly.

— Mr. Bailly, contestó Berthier, si hubiese yo cometido todos los crímenes que me suponen, no seria un hombre, sino un tigre, un demonio; pero creo que me juzgarán, y entónces se aclararán los misterios.

— Sí, se os juzgará, dijo Bailly.

— Pues bien, continuó Berthier, eso es lo que yo deseo. Tienen mi correspondencia, y verán á qué órdenes me he visto precisado á obedecer.

Los electores dirigieron su vista á la plaza, de la que salian espantosos gritos.

Berthier comprendió aquella contestacion.

Entónces Billot, abriéndose paso por entre la multitud que rodeaba á Bailly, se acercó al intendente, y presentándole su callosa mano,

— Buenos dias, le dijo, Mr. de Sauvigny.

— ¡Calla! ¿eres tú, Billot? exclamó Berthier sonriendo y apretando con una mano firme la que le presentaba el arrendatario.

¿Tú tambien, continuó, vienes á París á promover motines? ¿tú que vendias tan bien tu grano en los mercados de Villers-Cotterets, de Crepy y de Soissons?

Billot, á pesar de sus tendencias democráticas, no pudo menos de admirar la tranquilidad de aquel hombre que se chanceaba de tal manera en un momento en que su vida pendia de un hilo.

— Instalaos en vuestros puestos, señores, dijo Bailly á los electores; vamos á instruir la sumaria contra el acusado.

— Muy bien, dijo Berthier; pero os advierto una cosa, caballeros; y es que me hallo rendido de fatiga, pues hace dos dias que no he dormido; hoy en el camino de París me he visto atropellado, arrollado; cuando he pedido de comer, me han presentado heno, lo cual es una galantería de no muy buen género; hacedme el favor de designarme un sitio en que pueda dormir, aunque no sea mas que una hora.

En aquel momento Lafayette salió á informarse de lo que pasaba en la parte de afuera, y volvió á entrar en el salon mas abatido que antes.

— Mi querido Bailly, dijo al corregidor; la exasperacion del pueblo llega á un extremo inusitado; si teneis aquí mas tiempo á Mr. Berthier, seria exponernos á que nos sitiasen: defender al Hotel de Ville es dar á esos furiosos el pretesto que buscan, y no defenderlo es tomar la mala costumbre de ceder siempre.

Entre tanto, Berthier se sentó, y despues se recostó sobre una banqueteta, preparándose para dormir un rato.

Llegaban hasta sus oidos los desaforados gritos del pueblo; pero aquellos gritos no le conmovian; su semblante conservaba la serenidad del hombre que lo olvidaba todo para reconciliar el sueño.

Bailly deliberaba con los electores y con Lafayette.

Billot contemplaba á Berthier lleno de admiracion.

Lafayette recogió apresuradamente los votos, y dirigiéndose al preso que empezaba ya á dormirse.

— Caballero, le dijo; ¿estais ya dispuesto?

Berthier exhaló un suspiro, y despues, apoyándose sobre un codo.

— ¿Dispuesto, y á qué? preguntó.

— Estos señores han decidido que se os traslade á la Abadía.

— ¡A la Abadía! está bien, dijo el intendente. Pero, añadió mirando á los electores consternados, de un modo ó de otro, concluyamos de una vez.

Una espantosa explosion de cólera y de impaciencia, contenida por algun tiempo, estalló en la plaza.

— No, señores, exclamó Lafayette, en este momento no se le puede sacar de aquí.

Bailly tomó una resolucion dictada por su corazon y por su valor, bajó con dos electores á la plaza y mandó guardar silencio.

El pueblo sabia tan bien como él lo que iba á decir, y como tenia intencion de no ceder en sus venganzas, ni aun quiso prestarle oidos, y en cuanto Bailly abrió la boca para hablar, una inmensa gritería se alzó de la plaza cubriendo su voz, que nadie pudo oir.

Bailly, viendo que le era imposible hacerse entender, volvió á tomar el cámino del Hotel de Ville, perseguido por los gritos de

— ¡Berthier! ¡Berthier!

Despues, otros gritos se mezclaron á estos como las notas agudas que se perciben de repente en esos coros de diablos de Weber ó de Meyerbeer, exclamando:

— ¡A la horca! ¡al farol!

Al ver entrar á Bailly, Lafayette se lanza á la vez á la plaza. Lafayette es jóven, osado, y es querido del pueblo. Lo que no habia podido conseguir el anciano con su popularidad de ayer, el amigo de Washington y de Necker lo obtendria sin duda alguna en cuanto se presentára.

Pero al fin penetró el general del pueblo por entre los apiñados grupos; en vano habló en nombre de la justicia y de la humanidad. En vano, reconociendo ó fingiendo reconocer á algunos de los que capitaneaban las furiosas

turbas, suplicó, estrechándelos la mano y deteniéndolos en su camino.

Ni una sola de sus palabras fué escuchada, ni fué vista ninguna de sus lágrimas.

Rechazado de escalon en escalon, se arrodilló sobre el pórtico del Hotel de Ville, apelando en vano á los sentimientos de humanidad de aquellos tigres, á quienes llamaba conciudadanos, rogándoles que no se deshonrasen ellos mismos erigiendo en mártires á criminales que debian su expiacion á la ley.

Lafayette insistió de tal manera, que las amenazas llegaron hasta él; pero luchó tambien contra las amenazas.

Algunos de los mas determinados llegaron hasta á levantar sus armas.

Pero él se adelantó directamente á ellos, y las armas volvieron á bajarse.

Conoció que si le amenazaban á él amenazaban mucho mas á Berthier, y Lafayette vencido, volvió á entrar en el Hotel de Ville.

Los electores habian sido testigos de la impotencia de Lafayette contra la tempestad popular, y aquella era su postrar esperanza perdida.

Así es que decidieron que la guardia del Hotel de Ville condujese á Berthier á la Abadía.

Esto era enviar á Berthier á una muerte segura.

— ¡Está bien! dijo Berthier despues de que se hubo tomado aquella resolucion.

Y mirando á todos aquellos hombres con el mas profundo desprecio, se lanzó en medio de su escolta, despues de haber dado las gracias con un movimiento de cabeza á Bailly y Lafayette, y de haber á su vez presentado la mano á Billot.

Bailly volvió la vista á otro lado para ocultar sus lágrimas, y Lafayette hizo lo mismo para ocultar su indignacion.

Berthier bajó los escalones del Hotel de Ville con el mismo tranquilo continente con que los habia subido.

En el momento en que se presentó, un espantoso ala-

rido, que salió de la plaza, hizo temblar hasta los mismos escalones de piedra, sobre los que apoyaba sus pies.
 Pero él, siempre orgulloso é impasible, miraba á aquella multitud con la mayor serenidad, y pronunció estas palabras, encogiéndose de hombros:

— ¡Qué cosa mas singular es ese pueblo! ¿Qué es lo que tiene para chillar de ese modo?

No bien habia acabado de pronunciar estas palabras, cuando fué presa de aquel pueblo. Sobre las mismas escaleras, le arrancaron de entre los guardias que le escoltaban; le saltaron los pies y rodó en brazos de sus adversarios que en un segundo dispersaron la escolta.

Despues una oleada irresistible arrastró al preso por el surco de sangre que Foulon habia dejado en su camino dos horas antes.

Un hombre se hallaba ya colocado en el fatal farol y tenia una cuerda en la mano.

Pero se habia asido á Berthier otro hombre, y este hombre distribuia puñetazos á derecha é izquierda con furor desesperado, llenando de imprecaciones á los verdugos.

— ¡No le llevareis! ¡No le asesinareis! exclamaba.

Aquel hombre era Billot, á quien la desesperacion volvia furioso.

A unos gritaba:

— Yo soy uno de los vencedores de la Bastilla.

Y algunos, reconociéndole, suspendian sus ataques.

A los otros decia:

— ¡Dejad que le juzguen! yo me entrego á vosotros en rehenes; si le dejasen escapar, me ahorcareis en su lugar.

¡Pobre Billot! ¡corazon honrado y generoso!

El torbellino popular le arrastraba á él y á Berthier como una tromba arrastra á la vez una pluma y una paja en sus inmensas espirales.

Y caminaban sin advertirlo, sin ver por dónde iban.

El rayo hubiera sido menos rápido en su curso.

Por fin llegaron al sitio fatal.

Berthier, que habia sido arrastrado á empellones y há-

cia atrás, viendo que se detenian, se volvió, levantó los ojos y vió la cuerda infame que se balanceaba sobre su cabeza.

Por un esfuerzo tan violento como inesperado, consiguió desprenderse de las manos que le sujetaban, se apoderó del fusil de un guardia nacional y acometió á sus verdugos á bayonetazos.

Pero en un segundo, otras mil bayonetas le acometieron por detrás, y cayó cubierto de heridas.

Billot habia desaparecido bajo los pies de los asesinos.

Berthier ni aun tuvo tiempo para sufrir. Su sangre y su alma se escaparon á un tiempo de su cuerpo por mil heridas.

Entónces Billot pudo presenciar un espectáculo mas repugnante todavia que todo cuanto habia visto hasta entónces. Vió á un hombre sumergir su mano en el pecho abierto del cadáver, y sacar de él el corazon humeante aun.

Despues colocando aquel corazon en la punta de su sable y cruzando por medio de la multitud que le abria paso, fué á colocarle sobre la mesa del gran consejo en que los electores celebraban sus sesiones.

Billot, aquel hombre de hierro, no pudo resistir la vista de este espectáculo, y cayó á diez pasos del fatal farol.

Lafayette, viendo aquel sangriento insulto hecho á su autoridad y á la revolucion que dirigia, ó mas bien, que habia creído dirigir, Lafayette, decimos, rompió su espada, y arrojó los pedazos á los asesinos.

Pitou fué á socorrer al arrendatario; le cogió en sus brazos, y aproximando su boca al oido del pobre hombre.

— ¡Billot! le dijo; ¡señor Billot! tened cuidado; si ven que os afectáis, os tomarán por su complice, y os asesinarán tambien. Y sería una lástima la pérdida de un patriota como vos.

En seguida le condujo hácia la parte del rio, ocultándole como mejor pudo á las miradas de algunos que empezaban ya á murmurar.